

Isabel Mellén, *El sexo en tiempos del románico*. Barcelona: Crítica, 2021, 295 pp. ISBN: 978-84-9199-671-2.

Elisa Barnes Almaraz

Universidad Complutense de Madrid 

<https://dx.doi.org/10.5209/dmae.101120>

La conducta sexual se presenta como una fuente de gran interés para comprender mejor a nuestros antepasados medievales y las instituciones que ellos crearon. La pasión, reprimida o exaltada, ha dejado su huella en la historia medieval; sin embargo, en el mundo académico, hasta hace poco ha existido una clara reticencia a abordar estos temas. El campo no empezó a despejarse hasta que el librepensamiento de los años ochenta decidió que la sexualidad era parte integral de la cultura. A esto se sumó el interés por los estudios de género, que poco a poco van ganando espacio en el debate académico. Como resultado, han surgido nuevas publicaciones sobre estos temas en nuestras librerías, siendo la segunda obra de Isabel Mellén *El sexo en tiempos del románico* (2024) el ejemplo más reciente en el panorama español.

Doctora en Filosofía por la UNIZAR y graduada en Historia del Arte por la UNED, Isabel Mellén recoge en su última publicación su interés por la sexualidad en el románico, teñida por la perspectiva de género. El tema de la mujer y su rol activo dentro de este arte no es nada nuevo para la autora, como ya expuso en su primer libro, *Tierra de damas. Las mujeres que construyeron el románico en el País Vasco* (2020). Sus estudios sobre la dimensión femenina en el patronazgo del norte peninsular sin duda se filtran en su segunda publicación, y se agradece que emplee ejemplos de iglesias que conoce tan a fondo, como la esclarecedora mención a la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Alaiza, cuyas pinturas permiten conocer más sobre el rol de la mujer como orquestadora del relato familiar.

Su trasfondo en filosofía es notable por cómo aborda las imágenes, añadiendo un soplo de aire fresco al estudio iconográfico al que uno está habituado como historiador del arte. Su capacidad de asumir puntos ciegos es muy admirable, y examina muy convincentemente cómo nuestros bagajes culturales tergiversan nuestras percepciones del arte sexual románico. La autora demuestra un dominio excepcional y actualizado de la bibliografía relevante, incorporando obras fundamentales, como *Images of Lust* (1986) de Weir y Jerman, los estudios de género de Madeline Caviness y Caroline Bynum, así como referencias clásicas de Michel Camille, Geor-

ges Duby y Erwin Panofsky. Sin embargo, aporta una perspectiva renovadora, al cuestionar muchos de los discursos dominantes sobre la iconografía sexual en los templos, desafiando, por ejemplo, la interpretación tradicional de estas imágenes como meras advertencias sobre el pecado carnal.

De forma muy elocuente, Mellén organiza su libro según las connotaciones que podía tener el sexo para las distintas clases en el periodo altomedieval: sexo como deseo, como poder, como vida y muerte, y como pecado. Así, pone de manifiesto que las representaciones sexuales en las iglesias románicas adquieren distintos matices según qué estamento era el que encargaba y observaba las imágenes.

La sorprendente —a nuestro parecer— representación de mujeres y hombres desnudos en templos se ha justificado con la idea de que servían para disuadir a los feligreses de mantener relaciones carnales. Sin embargo, Mellén afirma que, si vemos a exhibicionistas en templos encargados por la élite nobiliaria, estas imágenes se adecuan más a un discurso dinástico, que tenía como fin enfatizar la capacidad progenitora del linaje y su dominio perpetuado del territorio sobre el cual se encontraba su iglesia. Las mujeres exhibiendo su vulva y los hombres itifálicos servían a estos fines y aludían a los matrimonios nobles, el coito que los legitimaba, y el engendramiento de los hijos, que serían los siguientes cabezas de familia. En esta narrativa visual, la dama, que arriesgaba su vida en el parto, se ponía en la misma óptica que su marido, que defendía su honra nobiliaria arriesgando su vida en el campo de batalla.

También las famosas *femmes aux serpents* tienen cabida dentro de esta exaltación de la fertilidad. Para Mellén, las serpientes, agarradas a los pechos rebosantes de leche de las damas nos hablan de la capacidad femenina de nutrir a las siguientes generaciones. Se pueden ver serpientes que muerden la vulva de la mujer en esta tipología, enfatizando así la anatomía femenina que se ocupa de la reproducción. Esta interpretación contrasta con la visión tradicional de estas imágenes, como la propuesta por James Jerman y Anthony Weir. Aunque ambos autores reconocen la relación entre esta iconografía y las figuras minoicas y romanas de diosas de la fertilidad, sostienen que las *femmes aux serpents* representan

a mujeres pecadoras. Para respaldar su argumento, se apoyan en textos bíblicos y en la hagiografía, una base documental que Mellén no desarrolla en su análisis. Sin embargo, el estudio de Jerman y Weir omite considerar las particularidades de cada iglesia analizada. Como señala Mellén, en contextos monacales, estas imágenes sí cumplían una función di-suasoria, que no lo hacían en los templos laicos, lo que sugiere que su significado puede variar según su ubicación y uso específico.

Esta idea la desarrolla la autora con un discurso muy claro, que deja ver las dinámicas sociales del momento estudiado. Mellén explica que el ala más rigorista de la Iglesia se construyó a sí misma en oposición a este relato nobiliario. En un momento en que la nobleza gestionaba de manera privada sus lugares de culto, la Iglesia atacaba contra la sexualidad, siendo esta, como hemos visto, uno de los pilares fundacionales del poder laico. Así, esta institución promueve el celibato entre su clero y critica ferozmente el nicolaísmo, evitando así que su clero formase lazos afectivos que pudiesen entrar en conflicto con la misión de la Iglesia por concentrar más poder.

Mellén introduce aquí la radicalización llevada a cabo por la orden de Cluny, conocida por su mano de hierro sobre el celibato. Los altos eclesiásticos eran hijos segundos de familias nobiliarias, que empleaban el discurso sexual como herramienta para

legitimizar su poder. Mellén argumenta, sirviéndose de referentes de la disciplina como Georges Duby, que estos hijos, que no estaban destinados al matrimonio, sentían frustración por no poder cumplir con el modelo de masculinidad viril con el que se habían criado. Esta frustración se aprovechó por la Iglesia para promover su discurso de abstención, demonizando a la mujer noble como objeto de deseo y de tentación pecaminosa. Los monjes tenían contacto con las damas, pues eran ellas las encargadas de gestionar y costear los funerales de sus familiares. Por lo tanto, su “peligrosidad” era una realidad para muchos monjes, que frustrados sexualmente y con miedo a ser echados del monasterio por caer en la transgresión sexual, optaban por demonizarla en sus discursos.

En una frase bellísima, Mellén afirma que la Iglesia emprendía en estos momentos una “batalla por el control de los cuerpos y las iglesias”, que resume muy bien cómo la cuestión del sexo era, tanto para la nobleza como para la Iglesia, una cuestión de poder y control. Este libro es sin duda una lectura muy seductora—nunca mejor dicho—, que lucha por desmembrar algunas de las nociones que damos por sentadas sobre la presencia de imágenes sexuales en las iglesias. Mellén ha recordado una vez más la necesidad de estudiar el arte no desde la segura distancia de la contemporaneidad, sino adentrándonos en el panorama fértil donde fue gestado.